

—Mamá, ¿falta mucho para llegar?

Cimera cogió la cabeza de su pequeño con ambas manos. A continuación, agarró su cuerpo con una presa rápida, ejecutada a la perfección y controlando perfectamente la fuerza. Entre risas, frotó su abundante cabellera con los nudillos.

—Un poco menos que la última vez que lo preguntaste, hace tres aleteos, bribonzuelo.

Disfrutaron por un momento de esa conexión, de esa complicidad única entre madres e hijos. En realidad, ambos sabían que él lo había hecho a propósito, no como cuando era más pequeño.

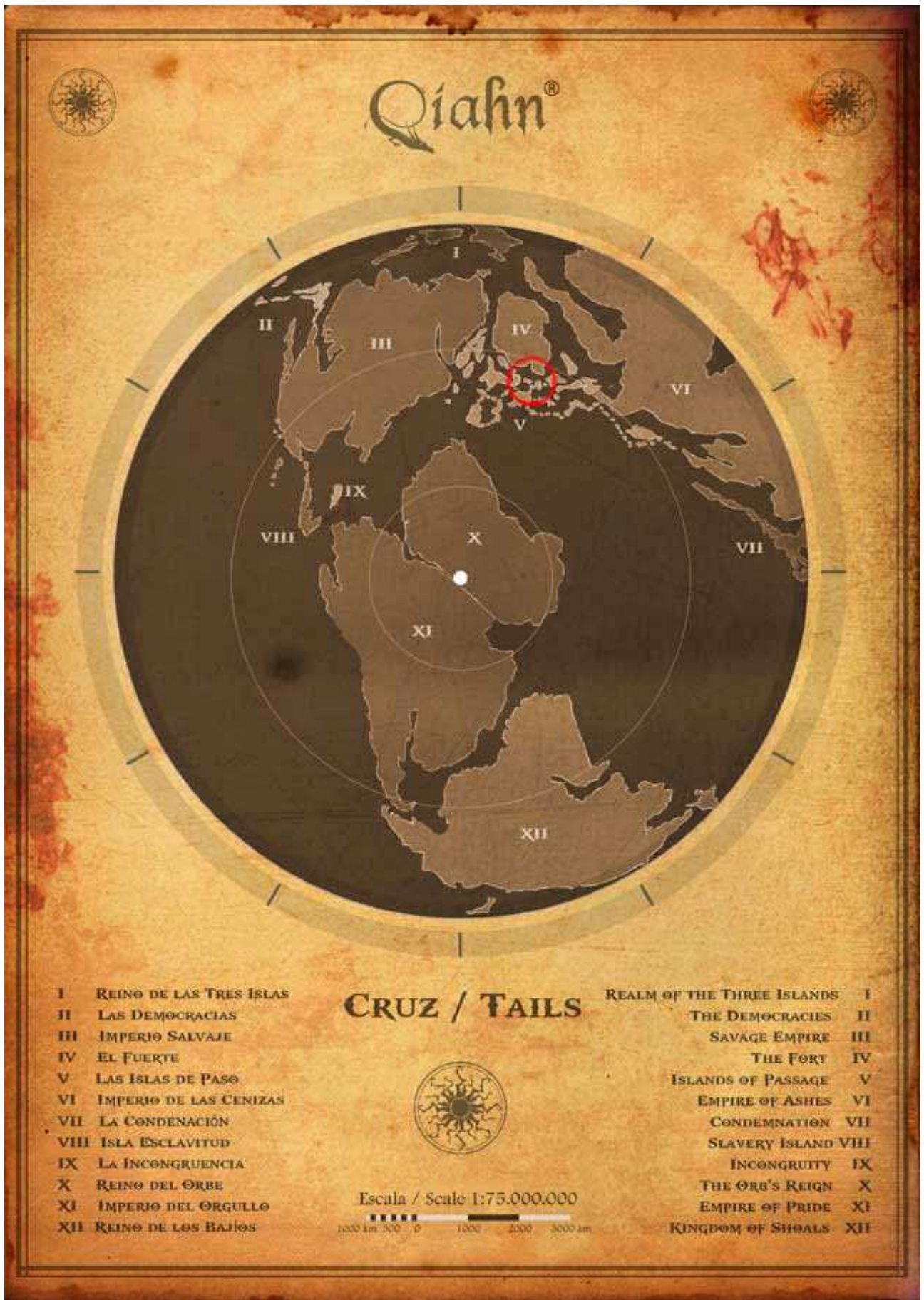
A sus siete años de edad, Risueño era todo un hombrecito acostumbrado a viajar. Día sí, día también, él y el resto del grupo atravesaban las tierras, aguas y cielos de Cruz para cumplir su misión. Cimera lamentaba no poder criarlo en un lugar fijo o proporcionarle una existencia normal, si podía llamarse así a la ingrata vida en la faz oscura de La Moneda. Pero Risueño no cambiaba su vida por nada del mundo. Estaba orgulloso de su madre, líder de una escuadra del cuerpo de élite conocido las Hijas del Llanto. Y menos ahora, surcando el cielo estrellado a lomos de una Ave de Qíahn.

El crío se separó para disfrutar del cielo estrellado. Habían sobrepasado la mitad del mes. Tres lunas iluminaban la noche eterna de Cruz: Norte, morada del dios Fuego, dominaba el cielo como de costumbre, aunque ya no estaba en su apogeo; Oeste, casa del dios Aire, aparecía en el horizonte y comenzaba a reflejar la luz del Orbe; y la minúscula Sur, hogar de la diosa Agua, brillaba con su preciosa luz azul desde lo más lejano del firmamento. Semejante sinfonía de colores cubría de matices las tierras que ahora se extendían bajo las descomunales alas de la pacífica criatura que les llevaba, con rapidez y sin sobresaltos, a su lugar de descanso.

—Mucho mejor que los impredecibles y traicioneros cuervos —pensó en voz alta.

Su madre caminó en cuclillas por la base circular donde viajaban. La estructura, situada entre las alas del animal, consistía en una armazón de huesos provenientes de criaturas voladoras (quizá otra Ave de Qíahn) por su resistencia, flexibilidad y ligereza combinadas. Las uniones se realizaban mediante cuerdas de pelo de animal. El exterior se revestía con cuero, dejando el interior con pieles donde descansar y guarecerse del frío. Ahora estaba abierta, gracias a la temperatura cálida propiciada por las corrientes del Imperio de las Cenizas, pero se cubría con facilidad en caso de lluvia, granizo u otras inclemencias del tiempo. Todo el conjunto se ataba al cuerpo del ser en diferentes lugares, minimizando las posibilidades de accidente.

Se dirigió hacia la cola del inmenso animal, hacia el resto del pasaje. Una de las tres mujeres montaba guardia. El resto, dormía.



—Cimera, Señora: acabamos de sobrepasar el Faro de los Justos. Nos adentramos en las Islas de Paso más a las doce, nuestro destino. Teniendo en cuenta que partimos con la Estrella del Alba Negra, el territorio que sobrevolamos y la velocidad de vuelo, son las nueve de la mañana. En una hora, máximo dos, llegaremos. ¿Despierto a mis compañeras?

—Siempre me han maravillado tus dotes como navegante, Barbote.

—Nada fuera de lo común, Señora. Cualquier habitante de Cruz aprende a medir los días con las lunas, y la posición y hora con las luces del firmamento. No siempre hay un templo cerca con un calendario y campanas para reflejar el paso del tiempo.

—Aun así, tu dominio de las cartas y mapas es una bendición de los dioses.

—Me maldijeron con el don de la vista. Eso lo compensa, al menos en parte.

Cimera sonrió. Solo en las Hijas del Llanto alguien consideraría la vista como una desventaja cruel. Ella misma había considerado seriamente la opción de cegarse, pero su papel como oficial exigía tener ojos hábiles.

—Deja que descansen, Barbote. Se han ganado sus días de permiso —dijo cambiando de tema—. Tú también. ¿Por qué no haces lo mismo?

—Con el debido respeto, Señora: estas islas están infestadas de piratas, comerciantes sin escrúpulos y “antiguos huéspedes” de El Fuerte. Desconozco quién tuvo la idea de establecer nuestra base de operaciones aquí, pero todos los oídos y ojos son necesarios.

—No nos corresponde cuestionar las órdenes —repuso con seriedad—. Y descuida: al menos hoy contaremos con una escolta privilegiada. Nada ni nadie se atreverá a acercárenos —añadió con una ligera sonrisa—. De hecho, ahí llega —apuntó con disimulada satisfacción dirigiendo la mirada hacia arriba, justo a su derecha.

—¡Uauh! —exclamó admirada Barbote—. Ese fulgor rivaliza con el de las estrellas. Procuraré no confundirlo con ellas.

Cimera agradeció la broma con un gesto de asentimiento. Acto seguido, observó a su retoño. Una risa franca de felicidad iluminó su rostro de oscura, mostrando esa envidiable dentadura intrínseca a su etnia. Su hijo estaba con la boca y ojos abiertos, incapaz de vocalizar palabra alguna. No era para menos. Desde arriba, serpenteando con inusitada elegancia, descendía sobre la formación de cuatro Aves de Qíahn uno de los seres más sobrecogedores de Qíahn: un dragón de fuego.

—Ahí vienen. Llegó tu momento. No metas la pata —se dijo la arquera de piel oscura sentada al borde del risco.



Abajo, las olas rompían con fuerza, inundando sus sentidos. Saturar los oídos con el ruido del mar era una prueba para ejercitar su autocontrol.

Una escuadrilla de Aves de Qíahn en formación de diamante iniciaba el descenso en círculo. Sobre ella, una estela anaranjada brillante también describía una circunferencia, pero de mayor diámetro. Aun así, su mejor velocidad le permitía sincronizar su posición con el resto de criaturas. El espectáculo resultante era digno de admirar si no habías corrido a esconderte en el sótano de tu casa, claro (como habían hecho la mayoría de habitantes de la aldea, dicho sea de paso).

—Maldita sea. ¡Un dragón de fuego! Eso significa que también viene un mando. ¡Menuda suerte la mía! —masculló para sí lanzando una piedra al agua.

Se incorporó de un salto con sus vigorosas piernas; ventajas del entrenamiento intensivo propio de las Unidades Arco de la armada de Cruz, mayoritariamente femeninas. Conformaban junto a las Unidades Ballesta, principalmente masculinas, la Infantería de Proyectiles. Huelga decir la enorme rivalidad existente entre ambos cuerpos, aunque para desgracia de los soldados de Cara, ese antagonismo se esfumaba nada más divisaban al enemigo.

Había recibido el honor de promocionar a Hija del Llanto. Estaba reservado casi exclusivamente a las arqueras y, como todo en La Moneda, tenía su parte buena y su parte mala. La buena: luchar con la élite en las misiones más peligrosas, incluidas las de incursión en territorio enemigo. La mala: solo la muerte de una Hija del Llanto dejaba una plaza libre. Alguien había muerto para que ella tuviera la posibilidad de ascender. Perder a una igual siempre era motivo de tristeza

Alejó esos pensamientos de su mente y corrió hacia la explanada acondicionada como zona de descarga. Allí se unió a una docena de personas, todas integrantes del grupo de apoyo.

El área estaba al final de la vía de aterrizaje, en lo alto de un risco. Había sido delimitada con antorchas prendidas minutos antes por los más pequeños del grupo. Era su privilegio y una de las primeras responsabilidades que se les encomendaba. Nadie estaba ocioso. No importaba el sexo o la edad. Su misión, su deber, era el más sagrado quizá de todo Cruz: rescatar a los niños secuestrados por los Demonios de Cara.

Una tras otra, las Aves de Qíahn rompieron la formación y enfilaron el inicio de la pista. Planeaban con toda la elegancia que les faltaba en tierra, sin necesidad de ser guiadas por humano alguno, simplemente usando su instinto para la navegación. Y disfrutaban haciéndolo, al menos según los defensores de su inteligencia. Ojalá ellas pudieran confirmarles cuán acertado era su juicio.

Su mera existencia se debía al capricho de lo dioses. No eran pájaros al uso, sino un híbrido entre reptil y ave, algo así como el eslabón perdido entre dos taxonomías animales. Su descomunal envergadura alar, enorme tamaño y elevado peso impedirían su vuelo según las leyes físicas que regían otras partes del universo, como la gravedad.

A decir verdad, estos titanes del aire estaban diseñados para planear más que para volar. Prácticamente son incapaces de despegar verticalmente. El sufrimiento de tal maniobra para sus músculos y huesos sería tan atroz que los rompería. Solo la intervención de un mago, su jinete más habitual, evitaría el desastre.

Precisan caminos de despegue y aterrizaje largos, vitales para coger suficiente impulso. Deben emplazarse en zonas elevadas, desde donde caen, consiguen la fuerza de sustentación necesaria (si todo ha ido bien), remontan y planean. Su inestabilidad les impide operar en áreas con fuertes corrientes o elementos atmosféricos adversos. Esta falta de versatilidad condiciona en extremo su uso militar. Pocas unidades optan por su utilización. Las Hijas del Llanto son una de ellas.

El motivo radica en la existencia de una especie de vínculo anímico entre esos animales y las arqueras. Una conexión difícil de explicar, mágica incluso. El ave disfruta de cuidados como una más del grupo. Los humanos encuentran en ella un aliado fiel. Juntos, conforman un tándem único.



Risueño se sentó en el suelo de la cesta y se afianzó como su madre le enseñó hacía años. A su espalda, Cimera, arrodillada, lo protegía inclinando su cuerpo sobre él.

El chico adoraba ese momento en cada aterrizaje. Era todo un ritual. Su madre era ambidiestra gracias al entrenamiento, pero como buena zurda de nacimiento siempre extendía primero su brazo derecho hacia la estructura de huesos. Su mano, se cerraba entonces como una garra sobre esta. A continuación, llegaba el turno del brazo izquierdo, ligeramente más fuerte que el anterior. Finalmente, Risueño cerraba los ojos para focalizar toda su atención en los oídos, justo antes de que su madre cerrara con firmeza los puños y tensara los brazos. Entonces sentía el tórax de esta pegarse a su espalda. Luego, oía el sonido de cada músculo, cada tendón, acompañado del crujido de huesos, cuerdas y cuero aprisionados entre sus dedos. Esa sinfonía de poder invadía todo su ser y reconfortaba su alma. Se sentía el niño más protegido del mundo. Nada malo podía ocurrirle.

La primera en posarse, carretear y detenerse en la zona de descarga fue su ave. Luego seguiría la de Pluma, líder de la segunda escuadra. A continuación, la de Penacho, segunda en el escalafón y responsable del entrenamiento. Y para acabar, acompañada del silencio respetuoso de todos los

presentes, el ave con la única caída en combate. Dieciséis mujeres en total: quince vivas, una baja. O como dirían ellas: dieciséis hijas, quince llantos.

El personal de tierra descargó el equipo, acompañó a las aves a sus establos y transportó a las heridas al dispensario. Penacho supervisaba todas las tareas. Estaba orgullosa de la rapidez y eficiencia de su gente, pero un toque de vez en cuando mantenía la disciplina y recordaba a todo el mundo su papel.

A medida que el área se despejaba solo había una pieza que no encajaba: la nueva arquera. Penacho hizo un leve gesto con la cabeza a sus superiores. Pluma y Cimera asintieron. Solo entonces caminó hacia nuestra protagonista.

—¡Aspirante! —gritó marcialmente Penacho.

—¡Señora! —contestó la novata, cuadrándose y con la vista al frente.

—¿¡Tengo pinta de oficial, aspirante!? —exclamó su interlocutora, poniéndose a su lado derecho, perpendicularmente a ella y mirando al frente.

—Err, disculpe Señora, digo... ¡Jefe!

Penacho no pudo evitar sonreír: la nueva no era tonta. El pelotón estaba integrado por dieciséis arqueras, incluyendo dos oficiales y ella. No lucían ninguna insignia, ningún indicativo de rango. Podía ser cualquiera, pero acertó a la primera.

Por el rabillo de su ojo izquierdo vio acercarse a las dos oficiales. Lo hacían de frente a la aspirante. Prosiguió.

—¿Se puede saber a qué esperaba para presentarse?

—A que se posase el dragón, Jefe.

—¿No le gustan los dragones, aspirante? ¿Le dan dolor de cabeza como a mí?

—Negativo, Jefe. Imaginé que el mando estaba a bordo. Esos bichos no gustan de las flechas, y aquí hay demasiada puntería.

«*Bien jugado*», dijo Cimera para sí. Pluma debió pensar lo mismo y el impulso la llevó a mirar al cielo. El dragón había cambiado su rumbo: iba a picar hacia ellas. Había que moverse, y rápido.

El jinete de dragón esperaba la señal de su pasajero para bajar. No necesitaría pista de aterrizaje alguna. El picado era su maniobra favorita de descenso, uno de los pocos placeres que les permitían sus amos, con el permiso del pasaje, claro.

—Jinete —dijo el único viajero, con tono de desprecio y no poca desidia—: ¿bajamos o no?

—Como dezeéis, mi Zeñod —respondió el hombre vestido con túnica completa, tratada para resistir las altas temperaturas durante los trayectos—. ¿Picado?

—Picado.

—Lo haz oído. No noz hazgaz daño, pedo haz un picad...

La poderosa criatura no esperó el final de la orden de su estulto piloto. Hizo un medio tonel para girar su cuerpo y orientarlo boca arriba. Disfrutó ese segundo como si se tratara de un día completo. Se imaginaba allí, libre, tumbado sobre el aire, observando las estrellas, todo a cámara lenta. Entonces pestañeó. «*Se acabó el relax*», dijo para sí. Sonrió con malicia, tensó su cuerpo... y se dejó caer. «*Un picado invertido: lo mejor para llenaros de sangre la cabeza, humanos*». Expresó su inmenso gozo con un sonido agudo, un chirrido como si quinientas uñas rascasen cien bloques de pizarra al unísono.

—Biblblblb —decían los labios del jinete.

—¡Jajajaja! —se carcajaba el pasajero, con la risa y el rostro de un loco.



Cimera, Pluma y Penacho corrieron hacia los bordes de la explanada.

—¡Aspirante! —gritó Cimera—. ¿Qué haces ahí parada? ¡Muévete, por los dioses!

—¡A la orden!

—¡Cuerpo a tierra! —vociferó Penacho, mientras la novata saltaba sobre ellas tras esprintar por su vida.

Unos segundos más y hubiera sido demasiado tarde. El dragón iba a ejecutar su maniobra de aterrizaje más espectacular y letal: el lecho de llamas. Recuperado el picado, ahí estaba, bajando como si de una pluma se tratase. Expulsaba calor por todos los poros de su superficie ventral, pero con tanta fuerza que rebotaban contra el suelo. Las ondas caloríficas resultantes generaban un empuje vertical y hacia arriba, sustentándolo en el aire.

A tres metros del suelo, la criatura hinchó su cuerpo para absorber todo el calor remanente. Una vez digerida la energía, desplegó sus cuatro patas, una tras otra, en perfecto orden de adelante hacia atrás. Ya en el suelo, movió la cola con la misma suavidad con la que había tomado tierra, alzó la cabeza y exhaló con satisfacción.

—Ay, mis pobdes piez. Otdos pantalones y zapatoz pada tidad —se lamentó el jinete, con poca resignación.

—¡Impresionante! —clamó el viajero mientras alcanzaba el suelo de un brinco—. Sois una criatura increíble, Dragón. Mis respetos —añadió, inclinando su cabeza en dirección a la de este.

Las cuatro mujeres no osaban levantar la vista. Estaban completamente empapadas en sudor, como si salieran del agua. Jamás habían experimentado tal calor, algo muy lógico dada la temperatura media de Cruz: nueve de nuestros grados Celsius.

—Señoras, ¿vais a aproximaros o no? No ha sido para tanto.

El viajero caminaba lentamente hacia ellas con los brazos extendidos en señal de buena voluntad. Nada era lo que parecía: todo en él rezumaba superioridad y falsa amabilidad.

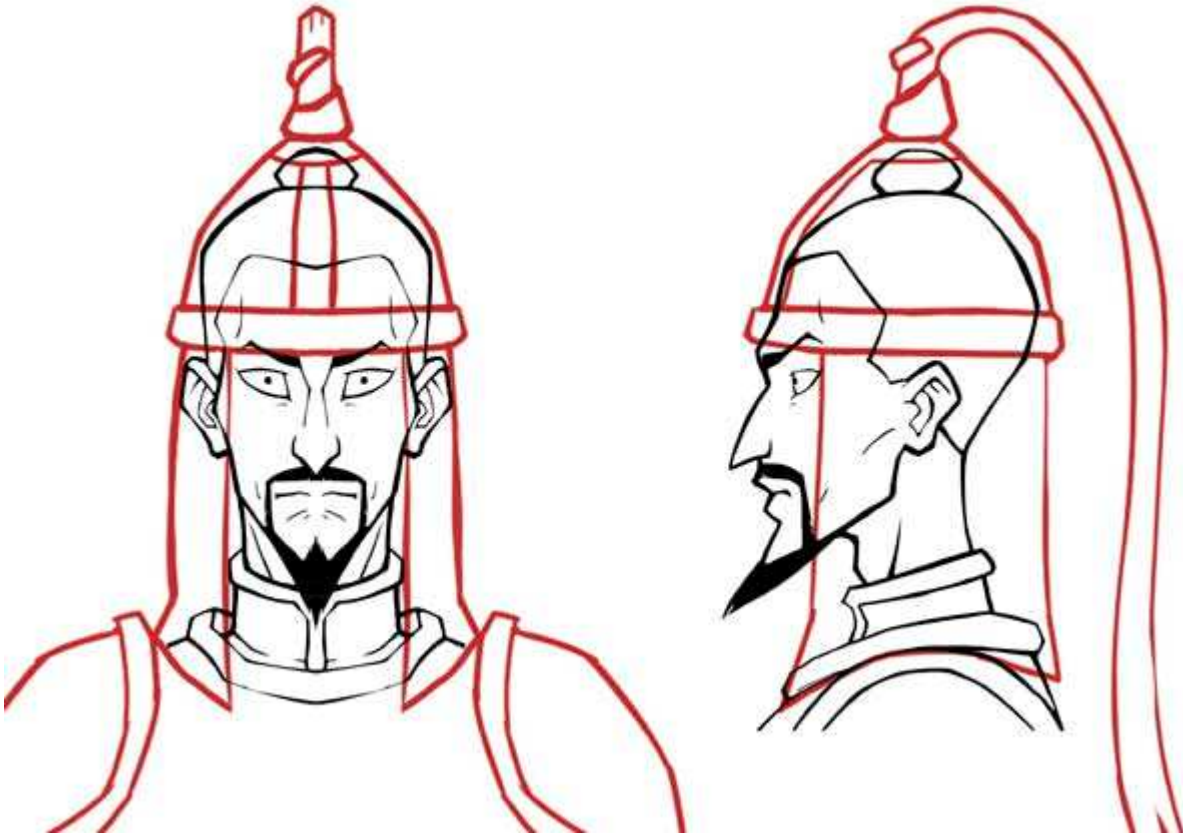
Las arqueras se incorporaron. Aún quedaban demasiados jirones de calor flotando en el ambiente. Sus ojos distinguían mal la figura del pasajero, pero su entrenamiento les proporcionaría toda la información necesaria.

Todas bajaron su visor, la placa de metal que llevaban sobre la cabeza atada con tiras a la parte posterior de esta, grabada con el emblema de la unidad. Era su forma de concentrarse, de entrar en una especie de trance. Redirigían toda la atención a su sentido más desarrollado: el oído. A fin de cuentas, ¿qué razón tiene apuntar con la vista en un mundo sin luz?

Sus mentes comenzaron a recibir datos: hombre, alto, muy delgado; pelo rapado, bigote, perilla; armadura ligera de placas en el torso, hombreras, casco abierto con pluma de tela, cubrenuca

también de tela, botas acabadas en punta; un momento, la nariz también es puntiaguda, así que pertenece a la etnia afilada; el corazón tamborilea normalmente, no hay miedo, ninguna parte de su cuerpo huele a quemado: es paladín o mago.

—¡"Escoba"! —vociferó Cimera levantándose de golpe el visor y levantando el puño izquierdo en señal de furia.



Detestaba ese apodo. Incineraba a cualquiera que osará pronunciarlo cerca de él. Pero esa mujer era diferente. Tenían un pasado en común.

—Mi querida amiga. Vamos: ¿no vas a darle un abrazo al mejor mago de fuego de Cruz?

—¡Oh! ¡Ya lo creo que sí!

Y vaya que si lo abrazó. Pluma contó al menos cuatro huesos fracturados; costillas para ser exactos. ¡Ah! Pero ese quejido de dolor y rechinar de dientes era por algo más. Sí, los codos habían cedido. Y las clavículas también, por cierto. En momentos como ese apreciaba la sabiduría de los alquimistas. Eran unos monstruos ávidos de conocimiento y sin respeto por la vida, pero ese desprecio había acelerado la búsqueda de saberes ocultos y el avance de la medicina, aplicada tanto a curar como a matar. Los valores morales de Cara, al menos en apariencia, les habían hecho perder la carrera del desarrollo.

Cimera soltó al mago. Enseguida notó como el corazón de este tamborileaba desbocado. El hechicero estaba usando su poder para regenerarse. Su cuerpo expulsaba tanto calor que no era aconsejable estar cerca. Se apartó.

Segundos después el hombre estaba totalmente recuperado. Su mirada de rencor, sin embargo, hubiera helado la sangre a cualquiera.

—Sigues en forma —masculló.

—¿Qué os trae por aquí, General?

Reconocer su rango era una forma de adulación, un intento de pasar página lo antes posible. Nada hay más traicionero que a amistad de un mago de Cruz. O eso dicen.

—Tú, querida. Traigo un regalo.

Ella frunció el ceño y lo miró intrigada.

—¿Pensabas descansar? Olvídalo. Tengo el paradero de los demonios que te arrebataron a tu hija. Es más: Impío está con ellos —dijo el mago sin variar un ápice su gesto.

Un fuego interno, de venganza, calmado desde hace años, se reavivó en el interior de Cimera.

—¿Aspirante? —dijo Cimera, con voz de mando.

—Señora —respondió cuadrándose.

—Prepara tu equipo. Tendrás tu primera misión.

—A la orden, Señora —y partió corriendo hacia la choza donde había dormido la última noche.

—Penacho: prepara mi escuadra. Se acabó el permiso.

—A la orden, Señora —expresó con alegría disimulada la Jefe del pelotón.

—Buena caza —expresó el hechicero con satisfacción.

Cimera asintió, dio media vuelta y se dirigió con paso firme hacia las cabañas.

Pluma se quedó inmóvil, pensativa, mirando al infinito.

—Dioses míos: ¿nunca os cansáis de vernos sufrir?

El hombre la oyó. Sonrió con amargura y le dijo:

—El sufrimiento es la energía que mueve el universo. Por eso tus dioses nos mantendrán vivos.

Y, sin esperar respuesta, se giró para dirigirse de regreso al dragón.

Continuará

Bienvenida a Qíahn, viajera: escoge lado, elige vida.

Feliz Día del Libro 2019

Javier Ordax